



H. P. Lovecraft

La Maldición que  
Cayó Sobre  
Sarnath

**E** LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE  
OBRAS DE DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

# LA MALDICIÓN QUE CAYÓ SOBRE SARNATH

H. P. LOVECRAFT

PUBLICADO: 1920  
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG  
TRADUCTOR: ELEJANDRÍA

*Esta edición del relato La maldición que cayó sobre Sarnath ha sido traducida al castellano por Elejandría desde su publicación original en inglés disponible en [en.wikisource.org](http://en.wikisource.org).*

# **LA MALDICIÓN QUE CAYÓ SOBRE SARNATH**

**H. P. LOVECRAFT**

Hay en la tierra de Mnar un vasto y tranquilo lago que no es alimentado por ningún arroyo, y del cual no fluye ningún arroyo. Hace diez mil años se encontraba en su orilla la poderosa ciudad de Sarnath, pero Sarnath ya no existe.

Se cuenta que en los años inmemoriales, cuando el mundo era joven, antes de que los hombres de Sarnath llegaran a la tierra de Mnar, otra ciudad se erigía junto al lago; la ciudad de piedra gris de Ib, que era tan antigua como el propio lago, y estaba poblada por seres nada agradables a la vista. Estos seres eran muy extraños y feos, como lo son la mayoría de los seres de un mundo aún incipiente y rudamente formado. Está escrito en los cilindros de ladrillo de Kadatheron que los seres de Ib eran de un color tan verde como el lago y las nieblas que se elevan sobre él; que tenían ojos saltones, labios carnosos y curiosas orejas, y que no tenían voz. También está escrito que descendieron una noche de la luna en una niebla; ellos y el vasto lago quieto y la ciudad de piedra gris Ib. Sea

como fuere, lo cierto es que adoraban a un ídolo de piedra de color verde mar cincelado a semejanza de Bokrug, el gran lagarto de agua, ante el que bailaban horriblemente cuando la luna estaba en gibosa. Y está escrito en el papiro de Ilarneq, que un día descubrieron el fuego, y a partir de entonces encendieron llamas en muchas ocasiones ceremoniales. Pero no se ha escrito mucho sobre estos seres, porque vivieron en tiempos muy antiguos, y el hombre es joven, y no sabe mucho de los seres vivos muy antiguos.

Después de muchos eones, los hombres llegaron a la tierra de Mnar, oscuros pastores con sus rebaños de lana, que construyeron Thraa, Ilarneq y Kadatheron en el sinuoso río Ai. Y ciertas tribus, más resistentes que el resto, avanzaron hasta la frontera del lago y construyeron Sarnath en un lugar donde se encontraron metales preciosos en la tierra.

No muy lejos de la ciudad gris de Ib, las tribus errantes colocaron las primeras piedras de Sarnath, y ante los seres de Ib se maravillaron enormemente. Pero con su asombro se mezclaba el odio, pues no les parecía bien que seres de tal aspecto anduvieran por el mundo de los hombres al anochecer. Tampoco les gustaban las extrañas esculturas de los monolitos grises de Ib, pues nadie sabe por qué esas esculturas permanecían tan tarde en el mundo, incluso hasta la llegada de los hombres; a menos que fuera porque la tierra de Mnar es muy tranquila y está alejada de la mayoría de las otras tierras, tanto de la vigilia como del sueño.

A medida que los hombres de Sarnath veían más seres de Ib, su odio crecía, y no era para menos porque los encontraban débiles y blandos como la gelatina al tacto de las piedras y las flechas. Así que un día los jóvenes guerreros, los honderos, los lanceros y los arqueros, marcharon contra Ib y mataron a todos sus habitantes, empujando los extraños cuerpos al lago con largas lanzas, porque no querían tocarlos. Y como no les gustaban los monolitos grises esculpidos de Ib, los arrojaron también al lago; preguntándose por la grandeza del trabajo cómo es que las piedras fueron traídas de lejos, como debían ser, ya que no hay nada parecido en la tierra de Mnar ni en las tierras adyacentes.

Así, de la antiquísima ciudad de Ib no se salvó nada, salvo el ídolo de piedra verde mar cincelado a semejanza de Bokrug, el lagarto de

agua. Este ídolo se lo llevaron los jóvenes guerreros como símbolo de conquista sobre los antiguos dioses y seres de Ib, y como signo de liderazgo en Mnar. Pero la noche siguiente a su colocación en el templo, debió ocurrir algo terrible, pues se vieron luces extrañas sobre el lago, y por la mañana la gente encontró que el ídolo había desaparecido y que el sumo sacerdote Taran-Ish yacía muerto, como por un miedo indecible. Y antes de morir, Taran-Ish había garabateado sobre el altar de crisolita con trazos gruesos y temblorosos el signo de la MUERTE.

Después de Taran-Ish hubo muchos sumos sacerdotes en Sarnath, pero nunca se encontró el ídolo de piedra verde mar. Y pasaron muchos siglos, en los que Sarnath prosperó enormemente, de modo que sólo los sacerdotes y las ancianas recordaban lo que Taran-Ish había garabateado en el altar de crisolita. Entre Sarnath y la ciudad de Ilarneq surgió una ruta de caravanas, y los metales preciosos de la tierra se intercambiaban por otros metales y telas raras y joyas y libros y herramientas para los artífices y todas las cosas de lujo que conoce la gente que habita a lo largo del sinuoso río Ai y más allá. Así, Sarnath se hizo poderosa, culta y hermosa, y envió ejércitos conquistadores para someter a las ciudades vecinas; y con el tiempo se sentaron en un trono en Sarnath los reyes de toda la tierra de Mnar y de muchas tierras adyacentes.

La maravilla del mundo y el orgullo de toda la humanidad era Sarnath la magnífica. Sus murallas eran de mármol pulido, con una altura de trescientos codos y una anchura de setenta y cinco, de modo que los carros podían pasar unos a otros mientras los hombres los conducían por la cima. Se extendían a lo largo de quinientos estadios, abiertos sólo por el lado del lago, donde un muro de piedra verde contenía las olas que se levantaban extrañamente una vez al año en el festival de la destrucción de Ib. En Sarnath había cincuenta calles desde el lago hasta las puertas de las caravanas, y otras cincuenta que las cruzaban. Estaban pavimentadas con ónice, excepto aquellas por las que pisaban los caballos, camellos y elefantes, que estaban pavimentadas con granito. Y las puertas de Sarnath eran tantas como los extremos de las calles, cada una de ellas de bronce, y flanqueadas por las figuras de leones y elefantes talladas en alguna piedra que ya no se

conoce entre los hombres. Las casas de Sarnath eran de ladrillo vidriado y calcedonia, y cada una tenía su jardín amurallado y su estanque de cristal. Fueron construidas con un arte extraño, pues ninguna otra ciudad tenía casas como ellas; y los viajeros de Thraa, Ilarneq y Kadatheron se maravillaban de las brillantes cúpulas con las que estaban coronadas.

Pero más maravillosos aún eran los palacios y los templos, y los jardines hechos por Zokkar, el antiguo rey. Había muchos palacios, el último de los cuales era más poderoso que cualquiera de Thraa, Ilarneq o Kadatheron. Eran tan altos que a veces uno podía imaginarse que estaba sólo bajo el cielo; sin embargo, cuando se iluminaban con antorchas mojadas en el aceite de Dother, sus paredes mostraban vastas pinturas de reyes y ejércitos, de un esplendor a la vez inspirador y aturdidor para el espectador. Muchos eran los pilares de los palacios, todos de mármol tintado y tallados en diseños de una belleza sobrecogedora. Y en la mayoría de los palacios los suelos eran mosaicos de berilo y lapislázuli y sardónice y carbunco y otros materiales selectos, dispuestos de tal manera que el espectador podía imaginar que caminaba sobre lechos de las más raras flores. Y también había fuentes que arrojaban aguas perfumadas en agradables chorros dispuestos con astucia. El palacio de los reyes de Mnar y de las tierras adyacentes sobresalía por encima de todos los demás. Sobre un par de leones dorados agazapados descansaba el trono, a muchos pasos sobre el reluciente suelo. Y estaba forjado de una sola pieza de marfil, aunque no hay nadie que sepa de dónde pudo venir una pieza tan vasta. En aquel palacio había también muchas galerías y muchos anfiteatros donde los leones, los hombres y los elefantes luchaban a gusto de los reyes. A veces los anfiteatros se inundaban con agua transportada desde el lago en grandes acueductos, y entonces se representaban conmovedoras luchas marítimas, o combates entre nadadores y mortíferos seres marinos.

Los diecisiete templos en forma de torre de Sarnath eran elevados y sorprendentes, y estaban hechos de una piedra multicolor brillante que no se conoce en ningún otro lugar. El más grande tenía mil metros de altura, y en él vivían los sumos sacerdotes con una magnificencia apenas inferior a la de los reyes. En el suelo había

salones tan vastos y espléndidos como los de los palacios, donde se reunían multitudes para adorar a Zo-Kalar, Tamash y Lobon, los principales dioses de Sarnath, cuyos santuarios envueltos en incienso eran como los tronos de los monarcas. Los eikons de Zo-Kalar, Tamash y Lobon no eran como los de otros dioses. Pues estaban tan cerca de la vida que uno podría jurar que los propios dioses de barba elegante se sentaban en los tronos de marfil. Y subiendo interminables escalones de circón se encontraba la cámara de la torre, desde donde los sumos sacerdotes contemplaban la ciudad y las llanuras y el lago durante el día; y la luna críptica y las estrellas y planetas significativos, y sus reflejos en el lago, por la noche. Aquí se llevaba a cabo el antiguo y secreto rito de detestación de Bokrug, el lagarto de agua, y aquí descansaba el altar de crisolita que llevaba el rastro de la condenación de Taran-lsh.

También eran maravillosos los jardines construidos por el antiguo rey Zokkar. En el centro de Sarnath se encontraban, cubriendo un gran espacio y rodeados por un alto muro. Y estaban coronados por una poderosa cúpula de cristal, a través de la cual brillaban el sol, la luna y los planetas cuando estaba claro, y de la que colgaban imágenes fulgurantes del sol, la luna, las estrellas y los planetas cuando no estaba claro. En verano, los jardines se refrescaban con brisas frescas y olorosas, hábilmente movidas por los ventiladores, y en invierno se calentaban con fuegos ocultos, de modo que en aquellos jardines siempre era primavera. Corrían pequeños arroyos sobre guijarros brillantes, que dividían prados de verde y jardines de muchos matices, y que estaban atravesados por una multitud de puentes. Eran muchas las cascadas en sus cursos, y muchos los estanques de colores en los que se expandían. Sobre los arroyos y los estanques cabalgaban cisnes blancos, mientras la música de los pájaros exóticos acompañaba la melodía de las aguas. En ordenadas terrazas se alzaban las verdes riberas, adornadas aquí y allá con parterres de vides y dulces flores, y asientos y bancos de mármol y pórfido. Y había muchos pequeños santuarios y templos donde se podía descansar o rezar a los pequeños dioses.

Cada año se celebraba en Sarnath la fiesta de la destrucción de Ib, en la que abundaban el vino, las canciones, los bailes y la alegría

de todo tipo. Se rendían entonces grandes honores a las sombras de los que habían aniquilado a los extraños seres antiguos, y el recuerdo de esos seres y de sus dioses mayores era ridiculizado por bailarines y lutanistas coronados con rosas de los jardines de Zokkar. Y los reyes miraban el lago y maldecían los huesos de los muertos que yacían bajo él.

Al principio, a los sumos sacerdotes no les gustaban estos festivales, pues habían descendido entre ellos extrañas historias de cómo el eikon verde mar había desaparecido, y cómo Taran-Ish había muerto de miedo y dejado una advertencia. Y decían que desde su alta torre veían a veces luces bajo las aguas del lago. Pero como pasaron muchos años sin calamidades, incluso los sacerdotes reían y maldecían y se unían a las orgías de los comensales. De hecho, ¿no habían realizado ellos mismos, en su alta torre, el antiquísimo y secreto rito en detestación de Bokrug, el lagarto de agua? Y mil años de riqueza y deleite pasaron por Sarnath, maravilla del mundo.

La fiesta del milésimo año de la destrucción de Ib fue magnífica. Durante una década se habló de ella en la tierra de Mnar, y cuando se acercaba llegaron a Sarnath en caballos, camellos y elefantes hombres de Thraa, Ilarne y Kadetheron, y de todas las ciudades de Mnar y de las tierras de más allá. Ante los muros de mármol, en la noche señalada, se instalaron los pabellones de los príncipes y las tiendas de los viajeros. Dentro de su salón de banquetes se reclinaba Nargis-Hei, el rey, ebrio de vino antiguo de las bóvedas de la conquistada Pnoth, y rodeado de nobles que festejaban y esclavos que se apresuraban. En aquel festín se comieron muchos manjares extraños; pavos reales de las lejanas colinas de Linplan, talones de camellos del desierto de Bnazic, nueces y especias de las arboledas de Sydathrian, y perlas de Mtal lavadas por las olas y disueltas en el vinagre de Thraa. Había un número incalculable de salsas, preparadas por los cocineros más sutiles de todo Mnar, y adecuadas al paladar de cada comensal. Pero lo más apreciado de todas las viandas eran los grandes peces del lago, cada uno de ellos de gran tamaño, y servidos en bandejas de oro engastadas con rubíes y diamantes.

Mientras el rey y sus nobles festejaban en el palacio, y veían el plato estrella que les esperaba en bandejas de oro, otros festejaban en otros lugares. En la torre del gran templo los sacerdotes celebraban fiestas, y en los pabellones fuera de las murallas los príncipes de las tierras vecinas se divertían. Y fue el sumo sacerdote Gnai-Kah el primero en ver las sombras que descendían de la luna gibosa hacia el lago, y las malditas nieblas verdes que surgían del lago para encontrarse con la luna y envolver en una siniestra bruma las torres y las cúpulas de la fatídica Sarnath. Después, los que estaban en las torres y fuera de las murallas contemplaron extrañas luces en el agua, y vieron que la roca gris Akurion, que solía elevarse por encima de la orilla, estaba casi sumergida. Y el miedo creció vagamente pero con rapidez, de modo que los príncipes de Iarnek y del lejano Rokol bajaron y plegaron sus tiendas y pabellones y se marcharon, aunque apenas sabían la razón de su partida.

Entonces, cerca de la medianoche, todas las puertas de bronce de Sarnath se abrieron de golpe y vaciaron una multitud frenética que ennegreció la llanura, de modo que todos los príncipes y viajeros visitantes huyeron despavoridos. Porque en los rostros de esta multitud estaba escrita una locura nacida del horror insoportable, y en sus lenguas había palabras tan terribles que ningún oyente se detenía para comprobarlo. Los hombres, cuyos ojos estaban desorbitados por el miedo, gritaban en voz alta sobre el espectáculo que se ofrecía en el salón de banquetes del rey, donde a través de las ventanas ya no se veían las formas de Nargis-Hei y sus nobles y esclavos, sino una horda de cosas verdes indescriptibles sin voz, con ojos saltones, labios flácidos y orejas curiosas; cosas que bailaban horriblemente, llevando en sus patas platos de oro engastados con rubíes y diamantes y que contenían llamas burdas. Y los príncipes y los viajeros, mientras huían de la condenada ciudad de Sarnath en caballos, camellos y elefantes, volvieron a mirar el lago que se llenaba de niebla y vieron que la roca gris Akurion estaba completamente sumergida. Por toda la tierra de Mnar y las tierras adyacentes se difundieron las historias de los que habían huido de Sarnath, y las caravanas dejaron de buscar esa ciudad maldita y sus preciosos metales. Pasó mucho tiempo

antes de que algún viajero fuera allí, e incluso entonces sólo los jóvenes valientes y aventureros de pelo amarillo y ojos azules, que no son descendientes de los hombres de Mnar. Estos hombres fueron al lago para ver Sarnath; pero aunque encontraron el vasto y tranquilo lago, y la roca gris Akurion que se eleva sobre él cerca de la orilla, no contemplaron la maravilla del mundo y el orgullo de toda la humanidad. Donde antes se habían levantado murallas de trescientos codos y torres aún más altas, ahora sólo se extendía la orilla pantanosa, y donde antes habían habitado cincuenta millones de hombres ahora se arrastraba el detestable lagarto acuático. Ni siquiera quedaban las minas de metales preciosos. La MUERTE había llegado a Sarnath.

Pero semienterrado entre los juncos se divisaba un curioso ídolo verde; un ídolo extremadamente antiguo cincelado a semejanza de Bokrug, el gran lagarto de agua. Ese ídolo, consagrado en el alto templo de Ilarneq, fue posteriormente adorado bajo la luna gibosa en toda la tierra de Mnar.

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE**  
**DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA**  
**WEB**